



RELATO DE ALICIA CARRERAS HERNÁNDEZ

PRIMER PREMIO



Hace unos días encontré una palabra. No sabía su significado, por lo que decidí buscarla en el diccionario. Cuando entré esta mañana en el despacho de mi padre no lo encontré, así que pensé en esperar a que mi padre volviese del trabajo para preguntar.

Cuando llega a casa le pregunto dónde está.

- Donde siempre.- Me responde cansado.
- No lo he encontrado. -Respondo insistente.

Me empieza a mirar mal, mejor me voy.

Estoy buscándolo por toda la casa y no lo encuentro. Harta, decido ir a la biblioteca para buscar allí esa palabra. Cuando llego y voy al estante me doy cuenta de que no está. La bibliotecaria tampoco sabe qué ha pasado con el diccionario.

Termino por volver a casa, un poco enfadada. Mis padres deben de haber encendido la televisión, pero no la están viendo. De pronto una noticia me llama la atención:

<<DESAPARECEN MISTERIOSAMENTE TODOS LOS DICCIONARIOS DEL PLANETA>>.

Esto sí que es curioso. Decidido, en cuanto me den las vacaciones hago de detective.

Al fin es viernes por la tarde. Comienzo con mi nuevo trabajo y salgo a la calle a preguntar cosas como: ¿Dónde lo viste por última vez? ¿Última vez que lo usaste? ¿Cuándo te percataste de que no estaba?...

Y ellos me respondían con cosas así como: Ni me acordaba de que tenía. Hace mucho que no lo uso...

Estoy agotada, la gente no ayuda y no sé si esto servirá de algo. Creo que lo voy a dejar para mañana.

Justo cuando me voy a quedar dormida, un ruido procedente del conducto de ventilación me sobresalta. Quizás esto tenga algo que ver con la desaparición. Sé que suena tonto pero... ¿quién sabe?

Me cuelo en el conducto y veo una tenue luz procedente de algún sitio. Decido seguir avanzando hacia ella.

Después de un buen rato arrastrándome y llenándome de porquería, veo algo que me deja boquiabierto. Hay un montón de conductos que llevan a un mismo sitio, supongo que el que emite esa luz. Lo más curioso son unos extraños duendecillos con largas barbas y unas gafitas redondas que les hacen parecer un poco raros. Son bastante graciosos. Estos seres arrastran unos carritos llenos de libros. Me pellizco por si es un sueño, pero sigo allí, boquiabierto. Terminó siguiéndoles con cuidado de no ser descubierta.

Pasa el tiempo y esto parece no acabar. De pronto les pierdo de vista y se abre una especie de compuerta debajo de mí, lo que hace que caiga a un fondo que parece no tener fin.

Cuando pienso que moriré allí mismo, cayendo sin parar o, finalmente, aplastada contra el suelo, aterrizo en un mullido suelo que parece como si estuviese hecho de nubes. Entonces vuelvo a divisar a los duendecillos, pero solo les veo a ellos, todo lo demás es negro. ¿Qué más remedio que seguir?

A medida que voy avanzando, se va aclarando todo el paisaje. Me encuentro en una inmensa jungla, cuya vegetación son palabras, y el suelo son hojas de libros. El camino que seguimos parece un marcapáginas. Es rojo, parece que estoy en una ceremonia importante. Supongo que otro no me vería así, en pijama y llena de suciedad caminando por un extraño lugar y siguiendo a unos misteriosos seres. Sí, lo sé, mi cabeza no se coordina con la realidad.

Pues lo dicho, palabras, páginas... Todo es así. Consigo hacerme una idea del paisaje y encontrarle sentido. Se me hace más fácil seguir el camino cuando me doy cuenta de que todo está hecho con caligramas.

Los árboles son contornos formados por las letras que forman la palabra árbol, las piedras, nubes... Pero entonces agudizo la vista, y veo que en el interior de las figuras hay adjetivos. Aun hay más, mientras camino, me doy cuenta de que voy dejando un rastro tras de mí, y hay verbos definiendo cada cosa que hago, y se van quedando atrás. Parece que te vuelves loco aquí pero, sinceramente, no se está mal, es agradable.

De pronto me choco contra algo. Miro y veo que los duendecillos se han parado. Uno me lanza una mirada, como si me saludase. Supongo que habré hecho un poco el ridículo, porque ya sabían que les seguía.

Observo que han parado delante de un enorme... libro, edificio. No sé, imagino que un edificio con forma de libro. La portada se abre y veo que el interior es una enorme sala, decorada con miles de palabras, y los duendecillos entran y van colocando los libros de los carros en estantes.

Todos los estantes tienen nombres. Hay uno en el que pone Atlas, otro dice Mapas, y muchos otros más. Entonces diviso Diccionarios, y los duendecillos están colocando allí los diccionarios, todos los diccionarios del mundo.

Observo también que otros duendes llenan las estanterías de Mapas con mapas, Atlas con atlas, Cuentos populares con libros de cuentos populares, cuentos que ya no se cuentan.

Alguien me llama, un hombre, con una voz suave y de tono honesto.

- ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?
- Yo soy Alicia. Esto... estoy aquí porque han desaparecido todos los diccionarios del planeta, aunque veo que también están desapareciendo más cosas...
- Entonces, ¿tú querías recuperar los diccionarios?
- Eh, si, supongo... – respondo con timidez. Esto es muy impactante...
- Bien, entonces te explicaré el por qué de todo esto, y el por qué probablemente no te los puedas llevar.

El hombre, un hombre mayor, muy parecido a los duendecillos pero más alto que yo, se levantó del pilar de libros que formaban un trono y me agarró del hombro suavemente, invitándome a pasear con él.

- Verás, antes, la gente usaba mucho los libros, leía, usaba mapas, diccionarios... Pero ahora, con las nuevas tecnologías, todo eso se está perdiendo. No digo que sean malas, pero tampoco son perfectas. Ahora no hacen falta mapas ni atlas, la gente está muy ocupada para leerle a sus hijos, y los jóvenes prefieren salir y emborracharse antes que abrir un libro. Por eso estamos llevándonos todo eso, fundando nuestro propio mundo, al que solo se podrá entrar si yo lo digo.
- ¡Pero a mí me gusta leer! Y busco en el diccionario. Bueno, a veces... Por favor, denos una oportunidad, yo quiero seguir leyendo y usando libros. –Digo suplicante.
- De acuerdo. Pondré una clave para entrar, y solo podrá entrar el que de verdad sepa apreciar la magia de los libros, pero la esencia del libro se quedará aquí, y solo aquí podréis disfrutar de ellos. Solo aquí podréis apreciarlos de verdad.

De repente hubo un destello. Esa luz que vi antes, ahora con más fuerza, hace que cierre los ojos. Cuando los vuelvo a abrir estoy en mi habitación, arropada en la cama. Me levanto corriendo para comprobar que están todos los libros. ¡Mi diccionario! ¡Bien! Ya puedo buscar esa palabra. “Transportar”.

Eso es lo que yo hago, me transporto. Cada vez que leo un libro vuelvo al mundo de las palabras, donde todo cambia según lo que se lea y me meto en otro lugar diferente, donde pasan días pero apenas son segundos, donde nadie ni nada puede molestarte. Y, por suerte, tengo un diccionario, al que preguntar en caso necesario.